

**Juntas pero no revueltas**

# **La cultura popular y la democracia**

**Ernesto Valiente Madriz**

- \* La cultura popular ha pasado de una semiclandestinidad a un floreciente "boom"; pero el creador popular es considerado todavía como un trabajador marginal.**
- \* Mientras los artistas viven en la indigencia, los "marchantes" se hacen ricos sin muchos esfuerzos.**
- \* La presión del mercado para que el artista popular produzca piezas que tienen salida, va cerrando el paso a su creatividad y anulando su mundo mágico.**
- \* Hoy en día está en juego la cultura popular; su defensa es necesaria como la defensa ecológica del ambiente.**

La razón y existencia de una cultura popular en Venezuela se debe, exclusivamente, a la tenacidad de hombres y mujeres que, no teniendo en su mayoría "instrucción" y siendo huérfanos de las rígidas reglas de la plástica escolástica, se han dado a la tarea de hacer de la creación un punto central de sus vidas, para darnos un universo plástico donde encajan perfectamente lo divino y lo humano. Labor ésta de preservación presente-futuro de las enseñanzas artísticas del pasado de su comunidad.

La cultura popular ha existido, independientemente del régimen político-social imperante en Venezuela. Por eso, en estos 30 años de Democracia, si bien es cierto que la cultura popular ha pasado de una semiclandestinidad a un floreciente "boom", no así el creador popular, quien todavía es considerado artísticamente un trabajador marginal. Marginalidad comparable —me atrevería a afirmar— a la que nos han acostumbrado a apreciar en las razas, en lo sexual, en lo religioso y últimamente hasta en lo estético y que, poco a poco, lanzan al ser humano a la separación social en grupos. El creador popular, aun hoy, es visto de reojo, lo cual ha hecho que ellos formen una especie de "ghetto" artístico. Son aceptados. Pero esa aceptación está condicionada en unos casos al contorno plástico de su obra, en otros se limita a tratarlos como productores de objetos de consumo, para un "mayamerismo" ampuloso nacido en la Venezuela petrolera. Y en una cosa sí hay que estar claro, y es que conocer un poco más allá del mundo del creador popular no está permitido dentro de las reglas del comprador "amante del arte popular".

Lo que está detrás de una simple obra popular es el mundo del creador, el cual es muy interesante de conocer. Allí están sus vivencias como ser humano, que le permiten trazar las líneas imaginarias de la obra futura. Importante es conocerlo, y conocerlo implica investigarlo y estudiarlo como una manera de agrupar las ideas, para la interpretación científica del complejo mundo de su actividad creadora. Algunos estudiosos de la cuestión popular, aisladamente, han intentado acercarse al mundo del creador, penetrando su alma. Los escritos (videos, películas) resultan-

tes de la confrontación artista-popular y escritor (cineasta), resultan preñados de la personalidad de este último, como si se tratara de resaltar más su trabajo que el del creador popular que intenta dar una visión mágica de su mundo. Estos intentos esporádicos y limitados se han quedado sólo en los círculos intelectuales; no llegan a la base popular y, por lo tanto, es como si no se hubiese hecho nada o ni siquiera intentado hacerlo, siendo así inexistentes. El hipertrofiado aparato burocrático cultural de la Venezuela democrática no le ha dado mucha importancia al hecho de seguir las huellas de los creadores populares, lo cual permitiría lograr de manera sistematizada y coherente la construcción de catálogos y mapas de ubicación por zonas, entre otras cosas. Un censo de creadores populares no existe en Venezuela. Nuestra burocracia tampoco ha contribuido con firmeza espiritual y económica, para que sociológicamente se conozca la razón y ser de los temas que aborda cada creador. Por ejemplo sería atractivo que se estudiara por qué la figura del Benemérito Juan Vicente Gómez ha descollado en el arte popular de una manera sorprendente y por qué son los jóvenes artistas los realizadores. ¿Será que Gómez representa a un personaje folklórico en la política venezolana? ¿Será que Gómez da la sensación de ser nada más que un abuelo, olvidándose lo que representó para Venezuela por su despotismo? ¿Será que con la figura de Gómez se está haciendo un culto a la personalidad? No sé... pero detrás de esto hay algo...

Ahora bien, un artista popular expósito de la protección de los entes culturales está arrinconado, débil y expuesto a la más descarada explotación. Podrá pensarse: ¿Es posible explotar a un creador? La respuesta es sí. Así como el poderoso explota a su empleado también lo hacen los "marchantes" de la cultura, que son una nueva categoría de comerciantes, que por lo general viven en Caracas, que han prosperado en estos 30 años de democracia con la compra y reventa de objetos populares. Pero el meollo del asunto no es lo anterior—último, sino la forma como obtienen dichos objetos. Bajo las más sutiles artimañas logran obtenerlos a precios irrisorios, para luego venderlos en los sitios

donde hay demanda de los mismos, a precios elevadísimos que ni el mismo creador se imagina. Cualquiera podría argumentar: ¿Por qué esa alarma, si en la Venezuela democrática existe la libre empresa? Acepto esa realidad y también admito la compra-reventa de las obras de arte. Lo que no soporto es cómo los "marchantes" obtienen, descaradamente, con facilidad, pingües porcentajes de ganancias en la reventa, mientras el creador, que ha empleado por lo menos 40 horas hábiles de trabajo en una pieza, sólo recibe muy poco. Y, para ilustrar esto, puedo referirme a dos casos (existen muchos en Mérida) que conozco de cerca, donde se ve claramente la "maldad" de los "marchantes".

En Bailadores (Mérida) visité a un artista popular (el nombre me lo reservo), quien había terminado una talla en formato pequeño y que vendía a Bs. 600; luego, al transcurrir cierto tiempo, vi la misma obra en un Centro Comercial del Este de Caracas, en una tienda de artículos populares, donde se puede pagar con la variedad de tarjeta de crédito existentes, y el precio de la obra estaba indicado en Bs. 2.800. ¿Cuánto se está ganando el "marchante" en esta operación? Más del 400%. El otro caso es aún más dramático. Utilizando el engaño y valiéndose de la ingenuidad del artista, se presentó un "marchante" al taller de Néstor Flores, identificándose como Asesor Cultural de la compañía "Metro de Caracas" y, bajo la argucia de una supuesta colección que prepara dicha compañía, logró convencer al creador para que le vendiera una hermosa pieza. Y es más, tras una plañidera económica la obtuvo por un precio muy por debajo del inicial. La sorpresa del artista fue cuando meses después descubrió que en una tienda de objetos populares de un Centro Comercial de Caracas, su obra la vendían a un precio que multiplicaba 6 veces el de su compra. ¿Es esto correcto? No, ¿verdad? La explotación existe, entonces. Mientras los artistas viven en niveles de indigencia los "marchantes" se hacen ricos sin muchos esfuerzos.

Otro peligro que se cierne sobre los artistas populares, producto de la compra-venta y auspiciado por lo general por los "marchantes", es la presión que éstos, sutilmente, van ejerciendo sobre el creador para que se dedique a explotar casi exclusivamente, una pieza pictórica o escultórica que tiene salida fácil en el mercado. Esto va cerrándole el paso a la creatividad del artista popular, llevándolo a la repetición y, por supuesto, a la anulación de su mundo mágico y, lo que es más triste, a

perder la exclusividad que busca generalmente el ser humano, volviéndose uno más del montón, saturando el mercado y logrando un desprecio monetario hacia su obra.

De todo esto cabe una reflexión. El artista popular está constantemente amenazado con límites bien establecidos, que van desde su debilidad en el engranaje cultural burocrático del país hasta su apremiante vida cotidiana. ¿Qué queda? Continuar con la palabrería hueca de costumbre, sobre la cultura popular, condecorar y homenajear a los artistas populares y crear una que otra casa de exposición con nombres de algunos de los más destacados creadores populares. Si esto continúa se seguirá la farsa, hasta que llegue el momento en que ocurra un divorcio entre el poderoso estado cultural y los hacedores de cultura popular. Es por todo esto por lo que considero que con el arte popular ha ocurrido lo mismo que con la música popular, como bien lo expresa Lil Rodríguez en su publicación "Balance a la dignidad rítmica y melódica": "En lugar de servir a la música popular la democracia se ha servido de ella". (Rev. SIC, Año L., Nº 500, 1987, pp. 548-581).

Una cosa es importante, y es que, a pesar de todo, el hacedor de arte popular está trabajando. En estos treinta años de democracia, la libertad en la creación, ha sido un caldo de cultivo que está entusiasmando a los jóvenes para seguir la ruta de los mayores, quienes ensuciándose las manos con arcilla, o cortando madera y tallando o inventando la utilización de cualquier material que encuentre a su paso, llenan su mundo creativo con cosas fabulosas. En este sentido me alegra, por ejemplo, conocer a artistas tales como Néstor Flores (Ejido-Mérida), quien para

ímí es uno de los mejores creadores, pues ha logrado manipular la arcilla a su antojo hasta dominarla para entregarnos obras de santería, las exquisitas bodegas y fruterías populares merideñas o su seductora María Lionza; así como también a su esposa Teresa Yonekura, quien nos regala la arcilla convertida en cruces singulares; en Gómez rechonchos; o a su hija Kaori (10 años) y a su hijo Ztyoshi (9 años) quienes nos sorprenden con fabulosos animales de arcilla y sus originales nacimientos. Me satisface entrar en el mundo de Nelson Benítez Ceballos (Ejido-Mérida) para toparme con personajes como Gómez, este artista que con tan sólo 18 años logró el Premio de Cerámica "Salvador Valero" dado por la Federación de Ateneos. O admirarme cómo Luis Maffrin Uzcátegui (Ejido-Mérida) levanta, en arcilla, unas preciosas iglesias que quizás no existan sino en la imaginación de él. Y, aunar al novel Douglas Xavier Uzcátegui convertido en un divino arquitecto de la cerámica con sus bellas y diminutas casas merideñas.

Hoy en día está en juego la cultura popular. Su defensa es necesaria, como lo es la defensa ecológica del medio ambiente. Es la única forma de evitar que nos invadan culturas extrañas a la venezolanidad. Esto sin caer en los extremos vulgares del patriotismo soez. Pero la defensa no debe estar cargada de politiquería, pues si esto ocurre, la cultura popular se transformará en simple consigna como aquella que, convertida en fantasma, recorre a Venezuela y que es la más clara expresión demagógica que político alguno haya pronunciado en toda la historia republicana nacional, como es ¡la siembra del petróleo!

